

V Congreso Iberoamericano de Filosofía de la Ciencia y la Tecnología (VCIFCyT)

Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD)

Santo Domingo (República Dominicana), 15 de mayo de 2025

Homenaje a la profesora Ana Rosa Pérez Ransanz

Amicus Plato, sed magis amica veritas.

Atribuido a Amonio de Hermia (435-517), también llamado Amonio de Alejandría, *Vida de Aristóteles*.

Es una gran alegría para mí participar en este acto de homenaje a nuestra querida amiga y maestra Ana Rosa Pérez Ransanz. Agradezco vivamente a los organizadores esta oportunidad. Un acto de homenaje es algo así como un panóptico inverso. En lugar de mirar desde un centro hacia el entorno todo, miramos todos, cada uno desde su ángulo, hacia un mismo punto, hacia una sola persona. Cada cual cuenta su relación con ella, el sendero en que se encontraron. Y van, así, apareciendo facetas, aspectos, de la misma. Si hay suerte, cariño y sinceridad en las miradas, va emergiendo una imagen fidedigna de la *víctima* del homenaje. Con más suerte, con más cariño y sinceridad aun, quizá las múltiples aproximaciones acaben por revelar su personalidad esencial, su nombre profundo.

Empezaré ahora a hacer camino hacia Ana Rosa a través de un sucedido. Participábamos en un congreso en la Ciudad de México, y elegimos unos cuantos ponentes alojarnos en una casa quizá coyoacana, o próxima a serlo, ya no recuerdo, regentada por un hombre enjuto, amable y vagamente libanés o armenio. Hacía frío esos días en la megalópolis. La precaria calefacción del albergue, digno, por lo demás, apenas alcanzaba a mitigarlo. Además, la puerta principal del inmueble estaba en obras, lo cual que se resolvía pasando por el garaje. Entre los congresistas allí acogidos estábamos Cristina di Gregori -a la que tanto echamos hoy de menos- y yo mismo. Sabíamos ambos que no convenía notificar a Ana Rosa todo el pormenor del caso. Pero ella disponía de veladas redes de informantes a través de las cuales logró ponerse en antecedentes. Total, que al segundo día apareció Ana Rosa cual tornado, atravesó el garaje, ajustó cuentas a nuestras espaldas con el amable libanés (o armenio) y nos dio instrucciones perentorias, a Cristina y a mí, para que arreglásemos cuanto antes las valijas/maletas y nos incorporásemos de inmediato a su auto. Nos hospedó desde entonces en su hermoso hogar de Tlalpan, lleno de luz y de orquídeas, con la generosísima hospitalidad que le es uso. Y como esta, mil anécdotas. Ante todo amiga.

El caso es que con esta su actitud de amistad cordial, tan magnánima como discreta, Ana Rosa ha constituido siempre uno de los principales apoyos para construir la comunidad filosófica iberoamericana, en la cual hoy convivimos todos nosotros. Una comunidad viva, original y pujante.

Su actitud vital y también, por supuesto, sus escritos y magisterio nos han iluminado a todos. En la antología que editó junto con León Olivé, aprendimos muchas de nuestras primeras filosofías¹. Nos enseñó a leer a Paul Feyerabend como es debido, con empatía y justicia. Nos regaló después la mejor interpretación, la más clara y original que haya sido trazada, del pensamiento de Thomas Kuhn². Nos ha invitado con lucidez y apasionado afán, mano a mano con Cristina, a frecuentar los caminos del pragmatismo³. Nos ha mostrado cuánta racionalidad hay en la esfera de las emociones y cuán imprescindibles son estas para el sostenimiento de la propia racionalidad⁴.

No hay modo de listar ahora todas sus preciosas aportaciones filosóficas, ni de entrar en profundidad en ninguna de ellas. Pero si quisiera, el menos, demorarme unos instantes en la función filosófica de la amistad. Porque, respecto de esta cuestión, Ana Rosa ha impartido magisterio por lo práctico y por lo teórico. Su práctica de la amistad ha sido crucial para que una comunidad filosófica como la nuestra florezca y fructifique, se constituya y se oriente hacia la búsqueda de la sabiduría, mientras que sus estudios teóricos sobre las emociones enseñan, en el fondo, el porqué de esta benéfica relación entre amistad y verdad.

Para valorar la magnitud del problema y la sabiduría del enfoque que le ha dado Ana Rosa, hemos de empezar por el tópico que pone conflicto, al menos en primera lectura, entre amistad y verdad. No es seguro que Aristóteles pronunciase alguna vez, en su idioma griego, el lugar común que ha llegado hasta nosotros en versión latina, *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Lo más próximo que tenemos a esta idea es un texto ubicado en la *Ética a Nicómaco*. Dice así:

Quizá sea mejor examinar la noción del bien universal y preguntarnos qué quiere decir este concepto, aunque esta investigación nos resulte difícil por ser amigos nuestros los que han introducido las ideas. Parece, sin embargo, que es mejor y que debemos sacrificar incluso lo que nos es propio, cuando se trata de salvar la verdad, especialmente siendo filósofos; pues, siendo ambas cosas queridas, es justo preferir la verdad⁵.

Nunca he sabido muy bien cómo interpretar este pasaje, pues siempre he pensado que es preferible tener un amigo a tener razón. O mejor dicho, que hay que organizar los afanes para no llegar a la tesitura en la cual uno tenga que elegir entre lo uno y lo otro. Aristóteles parece poner las cosas en términos de elección entre dos opciones rígidas, entre dos caminos ya trazados, el de la amistad y el de la verdad. Se intuye a través de sus palabras, sin embargo, que la opción se le hace ardua y hasta dolorosa.

¹ L. Olivé y A. R. Pérez Ransanz (eds.), *Filosofía de la ciencia: teoría y observación*, Siglo XXI, Madrid, 1989.

² A. R. Pérez Ransanz, *Kuhn y el cambio científico*, FCE, CDMX, 1999.

³ C. di Gregori y A. R. Pérez Ransanz, Las emociones en la ciencia y en el arte, en S. Castro y A. Marcos (eds.), *Arte y ciencia: mundos convergentes*, Plaza y Valdés, Madrid, 2010, pp. 273-307.

⁴ A. R. Pérez Ransanz, ¿Ciencia sin emociones?, *Investigación y Ciencia*, 432: 40-41, septiembre 2012; El papel de las emociones en la producción del conocimiento, *Estudios Filosóficos*, 173: 51-64, 2011.

⁵ Aristóteles, *Ética Nicomáquea (EN)*, Gredos, Madrid, 1995, p. 135 [I, 6, 1096a 11-16].

Mi intuición inicial es que tenemos un problema, pero no con la verdad ni con la amistad, sino con el mero planteamiento dilemático. La racionalidad no consiste en un ejercicio de elección, no siempre, al menos. Hay dilemas que resultan ya irracionales en su planteamiento, antes incluso de su resolución. O bien, dicho de otro modo, lo más racional es obrar para evitar el propio planteamiento del dilema. Leamos el fragmento aristotélico por pasiva: si no se da una auténtica amistad, una que sobreviva a los disensos, que hasta se fortalezca con ellos, la investigación de la verdad, la búsqueda de la sabiduría se hará ardua, dolorosa, y estará posiblemente abocada al fracaso. Vistas así las cosas, la amistad no solo no estorba a la verdad, sino que es condición imprescindible, o al menos muy conveniente, para proceder hacia la sabiduría.

El mismo Aristóteles nos pone sobre la pista de esta hermenéutica cuando, más adelante, aborda de frente el tema de la amistad. ¿Qué nos dice? Que “la amistad es una virtud o algo acompañado de virtud y, además, es lo más necesario para la vida. En efecto, sin amigos nadie querría vivir, aunque tuviera todos los otros bienes”. ¿Incluso el bien de la sabiduría? ¿No insinúa aquí Aristóteles la conveniencia de un sacrificio a la inversa, de la verdad en aras de la amistad? Supongamos que incluimos la verdad en la nómina de los bienes. Entonces, “¿de qué sirve esta abundancia de bienes sin la oportunidad de hacer el bien [...] hacia los amigos? [...] Los amigos ayudan a los jóvenes a guardarse del error [...] a los viejos [...] para sus acciones [...] y a los que están en la flor de la vida les prestan su apoyo para las nobles acciones [...] pues con amigos los hombres están más capacitados para pensar y actuar”⁶.

La referencia aquí tanto al pensar, como a la sabiduría práctica del actuar, confirma las implicaciones epistémicas de la amistad, positivas, por cierto. No se trata de elegir entre Platón o la verdad, sino de fraguar con Platón una amistad que favorezca la búsqueda colaborativa de la verdad, que nos capacite para pensar y actuar mejor. “Decimos –continúa Aristóteles– que debe desearse el bien del amigo por el amigo mismo”⁷. Y este sentimiento ha de ser recíproco para que se dé genuina amistad. Sería raro que en el bien de una persona no incluyésemos el conocimiento. Por lo tanto, la amistad implica, entre otras muchas cosas, la ayuda mutua en la búsqueda del saber. La falta de amistad, la debilidad de la misma, y no digamos la discordia en el seno de una comunidad, suponen un severo lastre en el avance hacia la verdad.

La conexión entre amistad y verdad se establece a través de la idea de confianza. “Entre los buenos amigos existe la confianza mutua”⁸. Esta confianza abarca también lo epistémico, de modo inseparable de lo ético y de lo afectivo. La crítica o consejo que me ofrece una amiga tiendo a tomarla en serio, no le atribuyo en ningún caso mala intención, envidia o ganas de confundirme o de vanagloriarse, sino genuino interés por mi bien. Si alguien digno de mi confianza me comunica un dato, una experiencia, una observación, propendo a darle crédito, con lo cual puedo ver también a través de sus ojos, amplío de este modo mi campo de experiencia a través de las de otros. La conversación amistosa se convierte así en otra modalidad del observar y del pensar.

Las ventajas epistémicas son atribuidas por Aristóteles a la relación entre buenos amigos, que implica confianza mutua. No es fácil llegar a una relación así. “Tales amistades –confirma Aristóteles– requieren tiempo y trato, pues, como dice el refrán, es imposible

⁶ EN, 1155a 1-16.

⁷ EN, 1155a 30-35.

⁸ EN, 1157a 24.

conocerse unos a otros ‘antes de haber consumido juntos mucha sal’ ”⁹. No sé si Aristóteles pensó en tomar la sal con limón y algo más..., pero aprovecharé la inevitable asociación de ideas para volver de Atenas a México. ¿Cómo conecta todo esto con la obra de nuestra amiga Ana Rosa?

Yo diría que la conexión se establece de modo muy natural a través de su original estudio sobre “La dimensión afectiva de la racionalidad”. En este texto, la profesora Pérez Ransanz critica la idea, muy generalizada entre los filósofos, de que se da “una oposición irreconciliable entre lo afectivo y lo cognitivo, entre el sentir y el pensar”¹⁰. En lugar de aceptar este tópico, Ana Rosa traza vías de reconciliación y complementariedad entre lo afectivo y lo cognitivo, entre amistad y verdad, podríamos decir con cierta amplitud interpretativa. Apoya su argumentación en las ideas de los pragmatistas clásicos, con especial atención a las de John Dewey y a su noción de experiencia, que siempre incluye notas emocionales y agenciales. La apelación a la esfera emocional y afectiva no puede ser entendida como un simple refugio de pensamiento mágico ante las inclemencias del camino. Ana Rosa se distancia, así, de la interpretación del papel de las emociones en ciencia que hace Bas van Fraassen, basada, por su parte, en un cierto nihilismo sartriano.

Lo afectivo puede cobrar, según Ana Rosa, un papel mucho más digno en cualquier empresa que se repute racional, incluida la ciencia. No tiene por qué estorbar. No es refugio ni subterfugio. Puede, bien entendido, contribuir a la racionalidad de nuestro pensamiento y de nuestra acción. Es más, sin un correcto entramado emocional y afectivo, todo anhelo de racionalidad se torna inoperante. Las emociones no son meros factores perturbadores del pensamiento racional, sino que lo impulsan. No irrumpen en el mismo solo en momentos críticos, sino que su presencia es cotidiana y ubicua. No son puramente subjetivas, sino que nos aportan contenido cognitivo o informativo. Ana Rosa nos recuerda que hay una dimensión racional de las emociones y que, además, existe una dimensión afectiva de la racionalidad. En suma: “Las emociones, por regla general –leemos en el texto de Ana Rosa- afectan al razonamiento para bien”. Sin ellas, sin asombro ni curiosidad, el proceso de investigación ni siquiera daría comienzo. Es más, aun puesto en marcha, no sabríamos cuándo darle fin, pues “el procedimiento para delimitar el rango de consecuencias a considerar en un proceso de decisión racional está gobernado por las emociones”¹¹. Las emociones y los afectos nos ayudan a separar lo importante de lo que no lo es tanto, y nos permiten gestionar la economía de la atención. Sin estas funciones difícilmente podríamos pensar o actuar racionalmente.

Necesitamos, pues, viene a decirnos Ana Rosa, “una teoría del conocimiento donde las emociones formen parte constitutiva de la racionalidad”¹². Quizá el mayor obstáculo para la completa integración esté en la cuestión de la normatividad. Ciertamente es -la autora ya nos ha convencido de ello- que la esfera emocional y afectiva ha de estar integrada en la búsqueda racional; que no hay razón desencarnada, libre de afectos y de emociones; y que ni afectos ni emociones tienen por qué estorbar ni perjudicar a la búsqueda de la verdad; que incluso las más de las veces hacen una aportación positiva. Pero, ¿no es cierto también que las emociones pueden en algunos casos obnubilar el juicio, precipitar una decisión, focalizar la atención de

⁹ EN, 1156b 25-30.

¹⁰ A. R. Pérez Ransanz, La dimensión afectiva de la racionalidad, en A. R. Pérez Ransanz y A. Velasco (eds.), *Racionalidad en ciencia y tecnología. Nuevas perspectivas iberoamericanas*, UNAM, CDMX, 2011, p. 430.

¹¹ P. 437.

¹² P. 439.

modo obsesivo en cualquier nimiedad, inclinar nuestro criterio en función de afectos que sentimos irrenunciables...? De nuevo tendríamos planteado el problema inicial. Y quizá deberíamos decir: *Amicus Plato, sed...*

¿Hay modo de evitar la interpretación dilemática, dualista, de la cuestión? Quizá sí, apelando a la condición social y educable de las emociones y, desde luego, de los afectos. Nuestra textura afectiva es el fruto de una cierta –llamémosle así– educación sentimental, educación en virtudes recibida en el seno de una familia, de una comunidad, de una sociedad, de una cultura, y que se va instalando sobre nuestra constitución biológica sin negarla: la va diferenciando. Dicho de otro modo, nuestras emociones y afectos son, hasta cierto punto, educables. ¿Desde dónde? Pues precisamente desde la libertad y la razón humanas asumidas socialmente como valores. Emociones y afectos se van diferenciando y constituyendo a través de una cierta *paideia*, que incorpora ya en sí los valores de la libertad y de la racionalidad. Nada más razonable que tender hacia la verdad, nada más liberador que la verdad misma.

No somos simplemente esclavos de nuestras emociones, ni la razón ha de serlo de las pasiones, ya que nuestras pasiones son educables desde la libertad y la lucidez razonable. Se educa la capacidad de asombro, la curiosidad, el coraje, la tenacidad, la capacidad de escucha, la humildad, y en especial la humildad intelectual, la gestión del miedo o de la atención –tan desatendida en nuestra era digital-. Y así también se educan, desde la libertad y la razonabilidad, las virtudes relacionadas con la amistad. La amistad será una buena amistad, y no mala, si busca el bien del amigo, y no su mal, lo cual incluye la colaboración, gracias a la confianza mutua, en la búsqueda de la verdad. No hay oposición entre la *buena* amistad –ya incorporamos aquí el componente normativo- y la verdad.

O dicho en términos más constructivos: edifiquemos nuestras amistades de modo que nos aproximen a la verdad, que nos ayuden a descubrirla creativa y conjuntamente. Busquemos la verdad del único modo en que puede ser hallada, en compañía de amigos.

En esta tarea ya tenemos mucho ganado los que por fortuna hemos podido asistir a tu ejemplo vital y hemos conocido tu magisterio, querida Ana Rosa. Gracias por tu amistad y enseñanza, un agradecimiento oceánico, grande como este mar que nos une, por tu enseñanza y amistad.

Alfredo Marcos